

RAMÓN J. SENDER Y ALCALÁ DE GUADAÍRA EN SU *TESIS DE NANCY*

María del Águila BOGE PINEDA
Ex directora cultural de la Casa de España en Los Ángeles

Cuando yo me establecí en Los Ángeles, don Ramón ya no vivía allí, sino en San Diego, pero era conocido, admirado y querido por toda la comunidad intelectual angelina. Como directora cultural de la Casa de España, mi primera intervención fue organizar una serie de homenajes dedicados a cada uno de los países iberoamericanos, en los que nuestro cónsul general era el anfitrión de todo el cuerpo diplomático.

La laureada poeta panameña Rosa Elvira Álvarez, muy amiga de don Ramón, al saber que yo era natural de Alcalá de Guadaíra —la ciudad de su novela *La tesis de Nancy*—, quiso presentarme, porque a don Ramón le iba a encantar la coincidencia. Rosa Elvira tenía una gran mansión en una zona residencial, en cuya entrada, en el jardín, había una soberbia estatua en mármol blanco de ella, sentada, con una rosa en la falda de pliegues hasta los pies. Allí había estado el mismísimo presidente Kennedy en una fiesta organizada en su honor poco antes de ser asesinado en Dallas.

Mucho más encantada estaba yo, aunque no conocía su literatura, y solo por referencias su novela sobre mi pueblo, que en esas fechas leí por primera vez. *La tesis de Nancy* es lectura obligatoria en las escuelas alcalaínas, la obra literaria de Sender se prodiga en nuestra biblioteca pública local y una calle lleva su nombre.

No sé lo que Rosa Elvira, que me quería mucho, le diría de mí. Tal vez que yo tenía la humildad del grande, como solía decir. Don Ramón había tenido que dejar Los Ángeles unos años antes por intolerancia a la contaminación ambiental de la ciudad. Me invitó a visitarle en su piso, en una zona residencial de San Diego, no lejos del mar, cuya Universidad le había otorgado el título de doctor honoris causa.

Previamente a nuestro encuentro charlamos repetidas veces por teléfono. Le envié un ejemplar de mi primer libro de poemas juveniles, *Voz profunda, amarga y dulcísima*, prologado por Fernando de los Ríos y Guzmán, poeta sevillano cronista oficial de Alcalá, sobrino del político y escritor de Ronda Fernando de los Ríos Urruti,

que había sido ministro de Justicia y era embajador en Washington cuando don Ramón y José Bergamín fueron enviados a los Estados Unidos en viaje de apoyo a la República.

Rosa Elvira le propuso algo que a mí no se me había ocurrido ni pensar: que él prologase mi segundo libro, ya preparado para imprenta, *Porque he sobrevivido (no al holocausto nuclear, sino al trauma del amor)*. Y él aceptó. Noté su sorpresa al verme en ese primer encuentro. Mientras esperábamos a los otros invitados —el doctor Palley y su esposa, profesores de la Universidad del Sur de California en Los Ángeles—, me dijo que mi dura poesía no parecía escrita por mí, sino por alguien que no tenía nada que ver con mi personalidad. Que él se esperaba una atormentada Alfonsina Storni, pero yo era más bien una Juana de Ibarbourou.

Como los invitados se retrasaban, tuvo tiempo de contarme sus más amargos recuerdos: el asesinato de su esposa en Zamora, el exilio a Francia con sus hijos pequeños, etcétera. Aunque separados, su esposa mexicana seguía cuidándole, me dijo con agradecido cariño hacia ella. La llegada de los esperados interrumpió las confidencias personales. Tras el almuerzo en un lujoso restaurante al que nos invitó, los Palley se despidieron. Nosotros tuvimos ocasión de continuar una interesante sobremesa al agradable sol en la terraza.

Naturalmente hablamos sobre *La tesis de Nancy*, que nos había reunido, y mi ciudad natal, y me dejé arrebatar por mi entusiasmo localista. Mencioné sus dólmenes paleolíticos de Gandul y su gloriosa historia, antesala de la conquista de Sevilla por el rey san Fernando, su fortaleza almohade, residencia de Leonor de Guzmán —la reina que no cuenta, matriarca sin embargo de la dinastía Trastámara—, el paradisíaco parque Oromana, etcétera. El ceño adusto de don Ramón hizo que me apercibiera de que yo estaba haciendo una crítica a su novela. Llena de desazón, cuando aquella noche conducía de vuelta a Los Ángeles estaba convencida no solo de que don Ramón nunca había estado en Alcalá, sino de que él no había escrito la novela.

La tesis de Nancy seguramente había sido escrita por aquella alumna suya yanqui, que, como tantas otras estudiantes, residía en Alcalá y seguía unos cursos más vacacionales y turísticos que culturales en la Universidad de Sevilla, dejándose impresionar por el tema más tópico de los gitanos locales, sin mencionar siquiera la fortaleza almohade más grande de España, sus extensas murallas con sus conspicuos once torreones y su castillo allá en lo alto del alcor, llamativos desde todas las entradas a la ciudad.

Y esa Nancy era sin duda su alumna la doctora peruana nacionalizada estadounidense Luz Watts, que en 1974 lo había acompañado en un viaje a España. Siendo ya profesora en la Domínguez Hills University, organizó un congreso sobre cultura hispánica en el que me invitó a participar y donde don Ramón, muy enfermo por esas fechas, era el invitado de honor. Asistió también el por entonces cónsul general de España en Los Ángeles, el doctor José Manuel Paz Agüeras, aragonés como don Ramón y gran hispanista, que nos hizo gozar de frecuentes e inspiradas conferencias.

Después del almuerzo, don Ramón me llevó a una especie de cine circular, donde en una bóveda como un iglú celeste se proyectaba una fascinante película sobre el universo que tuvimos que mirar hacia arriba, con la cabeza apoyada en el asiento de espaldar extensible. Luego paseamos por el parque Balboa, muy cerca de su casa, donde se celebraba una feria. Don Ramón se paraba en todos los *stands*, ofreciéndose a obsequiarme con lo que se me antojase. Por supuesto que no acepté nada, agobiada por su ilimitada generosidad. A él le sorprendió mucho mi desinterés, porque Rosa Elvira, cuyo libro *El alba perdurable* —coincidencia con *Crónica del alba*— había prologado y titulado, «era muy caprichosilla».

Ya atardecido, fuimos a una sala de fiesta donde actuaban flamencos españoles y mariachis mexicanos. Don Ramón era allí tan conocido como querido. Solicitaba canciones y el elenco se apresuraba a complacerle. Pagaba rondas para todos y daba muchas propinas. Las artistas jóvenes se le sentaban en las piernas y las maduras le besaban con veneración. Él reía feliz entre ahogos, como un patriarca Hemingway en la plaza del Castillo de Pamplona —en sus últimos sanfermines, mi hermana y yo, sentadas a su lado en la terraza del café Iruña entre un grupo de jóvenes suecos que nos hacían corro, tomábamos copas que papá Hemingway pagaba para todos.

Pasaba el tiempo y el prólogo prometido por don Ramón no llegaba. Yo sospechaba que en ello intervenía la voluntad recelosa de Luz Watts. Fue el mismo señor cónsul quien me comunicó por teléfono su fallecimiento, a causa del enfisema pulmonar que padecía, producido por su asma crónica, y me encargó organizar el homenaje póstumo.

Congregué a todos los departamentos de Español del sur de California, desde San Francisco a San Diego. Pedí al doctor José Rubia Barcia, decano del Departamento de Español y Portugués de la Universidad de California en Los Ángeles, gallego, también exiliado como don Ramón, y muy amigo suyo, que pronunciara la conferencia de honor. Aceptó encantado, y el tema de su elección fue *Réquiem por un campesino español*.

El inmenso salón de la Casa de España, torre rascacielos que anteriormente había sido una logia masónica, adquirida por los refugiados republicanos españoles que la crearon, estaba a rebosar de profesores, intelectuales y muchas otras personas que le habían conocido. Tras otros participantes que también quisieron rendirle homenaje, la doctora Watts, que tanto le había querido y ayudado en su enfermedad y a quien yo había invitado muy expresamente, cerró el acto con un emotivo poema suyo dedicado a él, titulado «Fiat Lux». Ya de vuelta yo en España, en 1992, accidentalmente escuché en Radio Barcelona una entrevista a Luz Watts, que estaba haciendo una gira de promoción de la obra de don Ramón, como también hacía en los Estados Unidos y seguramente en otros países de habla hispana.

Si apenas conocí a don Ramón, sin saber que había sido Premio Nacional de Literatura, dudé de su autoría de *La tesis de Nancy*, aún dudé mucho más al conocer toda su obra literaria. *Imán* —la única que no había encontrado ni en España ni en

Marruecos y que la biblioteca pública de Alcalá recientemente consiguió para mí—, la mejor crónica de guerra que he leído, me convenció de que él es uno de nuestros tres grandes Ramones, con su Valentina de *Crónica del alba*, mucho más tangible que la Beatriz de Dante, la Laura de Petrarca y la Dulcinea de Cervantes. Y, entre *El viejo y el mar* y *Moby Dick*, a una isla desierta me llevaría *Zu, el ángel anfibio*, y junto al *Platero* de Juan Ramón habría incluido *Adela*, su ardillita del parque Balboa, frente a su casa. Si Hemingway ha universalizado Pamplona, Ramón J. Sender lo ha hecho con Alcalá de Guadaíra, mi ciudad natal.

Seguro que el temible oso amable que era don Ramón perdonará mis suspicacias y, desde su cielo de hombre bueno, humano y compasivo, sonreirá ante esta lectura, desagravio y homenaje a la prosa española más genuina del siglo xx.